

Cervantes y los estudiantes

Hugo Hernán Ramírez
El Colegio de México

Llaneza, muchacho, no te encumbres,
que toda afectación es mala. (*Quijote*, II, 26)

Hijo pobre de un cirujano aun más pobre, Miguel de Cervantes recorrió poco pero dio buena cuenta de los alambicados espacios académicos de la España del XVI. De su educación casi nada se sabe y como no se sabe, se inventa; hay quien, con base en *El Licenciado Vidriera*, atribuye a Cervantes dos años de universidad en Salamanca (Jarnes 27) y otro, sirviéndose de *El coloquio de los perros*, lo matricula en un colegio jesuita de Sevilla (Riquer 36). Es probable que en Madrid, hacia 1569, Cervantes estudiara con el humanista Juan López de Hoyos, pero probable apenas, pues en la España del XVI un hombre humilde de 21 años como Miguel no estaba para ir a la escuela (Riquer 39). Poco después, en Roma, sirvió de camarero a monseñor Giulio Acquaviva y, tal vez allí, se familiarizó con la literatura italiana; también conjetura es ésta pues, no bien llega, se enrola y combate en Lepanto. Sin mayores noticias de su educación, pero conociendo su obra, es difícil dejarlo todo a los hábitos de un autodidacta “aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles” (2004, I, cap. IX, 85). Tal vez, resulte menos aventurado tan sólo recordar la voz que canta en el *Viaje del Parnaso* “Yo, que siempre trabajo y me desvelo/ por parecer que tengo de poeta / la gracia que no quiso darme el cielo...” (1980, vv. 25-27).

En el año del iv Centenario del *Quijote*, las voces de los eruditos invitarán a conferencias, coloquios y charlas; ríos de tinta rebotarán en universidades, periódicos y librerías de todo el mundo. Semejante brío, protagonizado por académicos de todas las latitudes, invita a indagar por el lugar que ocupan los académicos y particularmente los estudiantes en la obra de Cervantes. La pregunta es tanto más pertinente, cuanto más escurridizos son los datos sobre su educación, cuanto más se advierte que en el *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, la poesía y el teatro cervantinos la presencia del estudiante es tan habitual como lo era en la sociedad de su época.

En general, durante los siglos xvi y xvii la opinión acerca de eruditos, profesores o estudiantes era negativa y en la obra de Cervantes se manifestó en sus sátiras a las prácticas de los doctos y su fervor por la sencillez del discurso. La opinión negativa acerca de los académicos surgió en la Edad Media, cuando el nacimiento de los “estudios generales” y el florecimiento de la universidad puso a caminar por las calles de París, Bolonia o Palencia a un nuevo grupo social identificado por los beneficios y la protección de papas y reyes; unos y otros permitieron consolidar la universidad como una de las instituciones más importantes del Occidente medieval e hicieron que las personas bajo su amparo comenzaran a caracterizarse por una pedantería que acentuaba las diferencias entre nobles y campesinos. La fanfarronería del estudiante pronto se transformó en una plaga social, satirizada en coplas y plegarias cuyo recuerdo permite comprender la hostilidad que inspiraban: “Oh, Dios, que has establecido diferencia entre los clérigos y los campesinos, permítenos por Tu Gracia vivir de su trabajo, gozar con sus mujeres, cohabitar con sus hijas y deleitarnos con su muerte” (cit. en Murria 263).

La imagen del estudiante fanfarrón y que busca distinguirse de la plebe perdura en el siglo xvii, época en la que Cervantes se pronuncia contra él en distintos momentos creativos. Como en la obra de sus contemporáneos, en la de Cervantes pululan los estudiantes, generalmente en el contexto de embustes y burlas, ejercitados primero con otros

de su misma condición y pronto haciendo que sus víctimas sean los nuevos en el aula, los vecinos ricos y, por supuesto, los representantes de la autoridad. En el *Quijote* hay varios personajes que participan de la imagen folklórica del estudiante; el primo humanista que acompaña a don Quijote a la cueva de Montesinos (dueño de una chifladura erudita, similar a la que se apodera de Alonso Quijano) y el bachiller Sansón Carrasco son, tal vez, los personajes más ampliamente estudiados por los especialistas. En los *Entremeses*, es un estudiante quien difunde la noticia de que ha aprendido una ciencia secreta en “la cueva de Salamanca”. En las *Novelas ejemplares* los estudiantes están en cada página; en *Rinconete y Cortadillo* se hace una parodia burlesca de los ambientes académicos al hablar de la academia de delincuentes de Monipodio a la que entran y en la que sobresalen los protagonistas de la novela; en *El licenciado Vidriera* es el ambiente académico salmantino el que sale a flote; en *La señora Cornelia* son estudiantes de la Universidad de Bolonia quienes se ven envueltos en la trama; y en la novela atribuida *La tía fingida*, la tía sabe de los peligros que corre una joven en una ciudad universitaria.

En conjunto, las sátiras de Cervantes a doctos y estudiantes pueden ilustrarse en pasajes acerca de sus ocupaciones y pasajes acerca de su imagen social. En las páginas que siguen esbozaré brevemente ambos aspectos.

Las sátiras más famosas de Cervantes acerca de las ocupaciones de doctos y letrados se incluyen en el “Prólogo” a la primera parte del *Quijote*, y de ellos habla al reprochar su uso del lenguaje, al decir que confunden hablar y rebuznar, al ridiculizar sus estrategias discursivas y al aludir al uso exacerbado de latinismos:

— Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de inven-

ción, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? (8)

Las sátiras, aparentemente dirigidas al “antiguo legislador que llaman vulgo”, tienen como punto de desacuerdo temas que preocupaban a retóricos y académicos de la época, quienes, obviamente, no se consideraban parte del vulgo. Asuntos como la invención, el estilo, los conceptos, la erudición y la doctrina son discutidos por Cervantes, no porque su obra carezca de ellos, sino porque en su prosa domina una expresión sencilla que evita toda afectación. No en vano una de sus mayores virtudes es la asimilación de los más variados registros. En Cervantes los pensamientos más profundos no se esconden tras múltiples referencias a “toda la caterva de filósofos”, ni tampoco dejan ver el andamiaje que los sustenta, sino que están en “lenguaje puro, el propio, el elegante y claro”. Ese lenguaje, como se advierte en el *Quijote*, “está en los discretos corteses, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije *discretos* porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso” (II, cap. XIX, 694). Como indicó Francisco Rico, al anotar la edición que empleo aquí, las palabras de Cervantes resumen el ideal lingüístico del humanismo renacentista, ideal según el cual “el buen hablar no consiste en seguir ciertas reglas, sino en atenerse al *uso* de los mejores” (2004, 694). Tal vez el problema radica en creer que los mejores sólo están entre los latinos y por eso Cervantes se pronuncia contra quienes usan y abusan de los latinajos:

Don Quijote le dijo [a Sancho] que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaría a ellos por tan longincuos caminos y regiones tendría cuenta de sustentarlos.

— No entiendo eso de *logicuos* —dijo Sancho—, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida.

— *Longincuos* —respondió don Quijote— quiere decir “apartados”, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado a saber latín, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran. (II, cap. XXIX, 773)

La cuestión no está en saber o no saber, sino en ser engreído, en querer aparentar lo que no se es, en querer mostrar lo que no se tiene, en creer que se sabe lo que no se entiende. Las sátiras de Cervantes a los latinistas son aún más agudas en *El coloquio de los perros* cuando Berganza y Cipión subrayan la necesidad del académico arrogante:

BERGANZA.

. . . Di en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fui con mis amos al estudio, con que, a mi parecer, me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme de ellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso, dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.

CIPIÓN.

— Por menor daño tengo ése que el que hacen los que verdaderamente saben latín, de los cuales hay algunos tan imprudentes que, hablando con un zapatero o con un sastre, arrojan latines como agua.

BERGANZA.

— De eso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

CIPIÓN.

— Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos de ser asnos.

BERGANZA.

— Pues ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latín, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos, a quien no excusaría el hablar latín dejar de ser necio.

CIPIÓN.

— Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza.

BERGANZA.

— Así es, porque también se puede decir una necedad en latín como en romance, y yo he visto letrados tontos, y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una sino muchas veces. (1987, 278-268)

Lo que en principio parece un rechazo rotundo, se matiza en función ya no de la actividad académica en sí, sino de la parafernalia asociada con dicha actividad, parafernalia que, en buena medida, tiene como base la simulación y no la sinceridad, la apariencia y no la realidad.

Cuando Cervantes quiere atenuar sus burlas al uso exagerado de lenguas como el latín introduce una hermosa imagen en la que simultáneamente muestra la utilidad y la inutilidad de las traducciones; mientras Sancho y Quijote caminan por Barcelona topan con un aviso que reza “Aquí se imprimen libros”, entran, inspeccionan y se encuentran con un traductor:

— ¿Qué título tiene el libro? — preguntó don Quijote.

A lo que el autor respondió:

— Señor, el libro, en toscano, se llama *Le bagatele*.

— ¿Y qué responde *le bagatele* en nuestro castellano? — preguntó don Quijote.

— *Le bagatele* —dijo el autor— es como si en castellano dijésemos “los juguetes”; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

— Yo —dijo don Quijote— sé algún tanto del toscano y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mío, y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no más: ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *piñata*?

— Sí, muchas veces —respondió el autor.

— ¿Y cómo la traduce vuestra merced en castellano? —preguntó don Quijote.

— ¿Cómo la había de traducir —replicó el autor— sino diciendo “olla”?

— ¡Cuerpo de tal —dijo don Quijote—, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piache*, dice vuesa merced en el castellano “place”, y adonde diga *più* dice “más”, y el *su* declara con “arriba” y el *giù* con “abajo”.

— Sí declaro, por cierto —dijo el autor—, porque esas son sus propias correspondencias.

— Osaré yo jurar —dijo don Quijote— que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen y no se veen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen.
(II, cap. LXII, 1031-1032)

Para su interrogatorio, don Quijote escoge palabras muy conocidas en las que descarga su ironía sobre la habilidad

del traductor con el italiano. Pero el propósito del pasaje no se detiene en la ironía, sino que ofrece un juicio respecto de la utilidad de las traducciones, juicio que tiene como cumbre la bellísima imagen de la traducción como un tapiz flamenco visto por el revés; a través de ella se ilustra la importancia del acceso a los textos en su lengua original, las dificultades que enfrenta el traductor y el propósito último de su labor. El argumento cervantino no puede ser más lógico: una traducción del latín o el griego sólo muestra “las figuras”, pero “llenas de hilos que las escurecen y no se ven con la lisura y tez de la haz”, una traducción de una lengua fácil “ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel”. El pasaje se cierra con dos nuevas sátiras contra los traductores, una para señalar que “no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trajesen”, otra que se constituye en crítica abierta a la vanidad del traductor que pretende imprimir por su cuenta un desmesurado número de ejemplares.

En las sátiras de Cervantes a la parafernalia académica también salen a relucir las investigaciones innecesarias, la inutilidad de muchos trabajos propuestos por los eruditos. Casi a punto de terminar el episodio de las bodas de Camacho, Basilio se presenta como “humanista” y tanto Sancho como don Quijote se muestran algo suspicaces ante tan estrafalario título:

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo [Basilio], le dijo:

— Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?

— Sí sería —respondió el primo—, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

— Así lo creo yo —respondió Sancho—; pero dígame ahora: ¿quién fue el primer volteador del mundo?

— En verdad, hermano —respondió el primo—, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie. Yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera.

— Pues mire, señor —replicó Sancho—, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer, cuando le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

— Tienes razón, amigo —dijo el primo.

Y dijo don Quijote:

— Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho: a alguno las has oído decir.

— Calle, señor —replicó Sancho—, que a buena fe que si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

— Más has dicho, Sancho, de lo que sabes —dijo don Quijote—, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria. (II, cap. XXII, 718-719)

Es claro que el interrogatorio de Sancho a Basilio hace parte de una sátira cuyo único propósito es poner en tela de juicio y reír un poco con el procedimiento filosófico de raíz escolástica de las llamadas *quaestiones finitae*; pero el chiste cervantino no se detiene allí sino que cuando interviene don Quijote para desenmascarar el proceder de Sancho, el escudero suelta una de esas afirmaciones que brilla por su finura “para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos”. La broma no sólo está en que Sancho pregunte necedades, sino en que el primo crea que las necedades merecen tenerse en cuenta; el asunto también se subraya cuando, puesta en boca de un rico,

la necesidad, pasa por sabiduría: “las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo” (II, cap. XLIII, 874-875).

Al lado de las sátiras acerca de las ocupaciones de los doctos, encontramos sátiras respecto de la imagen social de aquellos, sátiras en las que el punto de foco suele ser la apariencia, la imagen del erudito en la sociedad a la que pertenece. El problema de la apariencia en los ambientes académicos de los siglos XVI y XVII era tan complejo que las normas universitarias se ocupaban del asunto, llegando incluso a suprimir en su entorno los símbolos de superioridad que dieran ocasión a conflictos. Si bien en la Universidad de Alcalá el cardenal Cisneros prohibió entre sus estudiantes el uso de símbolos de estatus y los colegios jesuitas tenían un orden garante de que nadie ostentaría más de lo que tenía, la vida académica era una oportunidad para la ostentación de privilegios relacionados con la posesión de riqueza, poder o conocimiento. En ella, las personas estaban siempre listas a exhibir signos de su valentía, su sangre, su honor o su fuerza con el propósito de mostrar superioridad ante sus compañeros o esconder su oscuro origen; las instituciones, entre tanto, procuraban defender su jurisdicción, sus privilegios y los ritos que las justificaban, recuerdo de esos ritos son las ceremonias de graduación y las oposiciones.

Si ostentar discrimina, seguramente no ostentar podría dar pie a la discriminación y es allí donde surge la imagen del estudiante pobre, pero abusado, que enfrenta la jactancia de sus compañeros ricos y los hace víctimas de sus burlas, generalmente urdiendo éstas entre ladrones, mujerzuelas y curas aprovechados. De semejante cuadro dio cuenta ampliamente la picaresca española con obras en las que el estudiante suele ser aquel que vive de prestado, dedicado a estafas y hurtos, usuario siempre de un tono cínico y gracioso, pícaro a veces, pero también paciente de picardías.

En *El coloquio de los perros*, las sátiras a los modos de proceder de los estudiantes se agudizan por la desproporción entre éstos y la sociedad que los rodea. Berganza y Cipión proponen el contraste entre la opulencia de dos es-

tudiantes y la sencillez de su padre; los perros parlantes advierten que “[los muchachos] iban con autoridad, con ayo y con pajes, que les llevaban los libros y aquel que llaman *va-demécum*. El verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacía sol, en coche si llovía, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba a la lonja” (1987, 261). La sátira de Cervantes está dirigida a estos nuevos ricos y supone la existencia de valores que no pueden adquirirse, como lo advierten los perros al señalar la actitud arribista de comprar prebendas y signos de una condición que no es la propia “y como la ambición y la riqueza muere por manifestarse, [el comerciante] revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algún príncipe; algunos hay que les procuran títulos, y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya” (262).

Más que negar la importancia del cambio, el pasaje admite que el cambio tiene caminos y límites, que un camino es el trabajo y un límite la pérdida de la libertad y que alterarlos justifica una sanción social. “¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerle a otro que al mismo cielo!” (2004, II, cap. LVIII, 985). Comprar prebendas supone adquirir ataduras que no dejan campear libre el ánimo, supone perder la libertad y por eso Quijote y Berganza lo rechazan.

Berganza admite que con las obras se suple lo que falta del cielo, asunto que aparentemente supone admitir la bondad de las obras del nuevo rico que encuentra en la educación jesuítica una alternativa de ascenso social:

No sé qué tiene la virtud, que, con alcanzárseme a mí tan poco, o nada, de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los

animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura; y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados. (1987, 264)

En la sucesión de cumplidos a la Compañía de Jesús intervienen ruidos que ponen en primer plano la ironía; si vemos que antes llamó irónicamente a los estudiantes “príncipes” de comerciantes y, en otro lugar, llama a los educadores “espejos” para mirar en ellos las virtudes, da la impresión de que alude a los jesuitas como “espejos de príncipes”, con lo que sus comentarios respecto de la Compañía parecen cada vez menos elogiosos, porque los pone como espejos sí, pero de pseudo-príncipes. Las resonancias políticas de los elogios a la Compañía son aun más oscuras al exaltar la humildad jesuítica, virtud que sólo dos páginas atrás subrayaba en los perros que saben ganarse la confianza de sus amos. Con todo, lo que llamo crítico en Cervantes son casi siempre mínimas sugerencias políticas, cuestionamientos que apenas si tocan los intereses sociales de los grupos de poder; así las cosas, nos hallamos únicamente frente a semblanzas de los problemas de una época:

Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose. De esta gloria y de esta quietud me vino a quitar una señora que, a mi parecer, llaman por ahí razón de estado, que cuando con ella se cumple, se ha [a] aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de lección a lección la ocupaban los estudiantes, no en repasar las lecciones, sino en holgarse conmigo; y así, ordenaron a mis amos que no me llevasen más al estudio. (1987, 265-6)

La vida de estudiante está en este pasaje relacionada con la comodidad, aunque advierte que el común de los estudiantes padece hambre y sarna. Esta descansada vida de Berganza pronto se acaba como consecuencia de la acción de los maestros. Llama la atención que el fin de este periodo en la vida del perro es resultado de la invocación de una señora que Berganza dice no conocer, “la razón de estado”, pero que en el cuerpo del relato es la invocación de una ley superior que es causante de la injusticia. La invocación a la “razón de estado” como causa de la salida de Berganza de las aulas participa plenamente de la coherencia textual, pues, primero, supone que el perro debe conocerse a sí mismo y el ambiente en que vive y, con base en ese conocimiento, debe ocupar el lugar que le corresponde en la sociedad (cuidar una puerta) y, segundo, encaja en el propósito general de las *Novelas ejemplares*, esto es, escribir algo de utilidad.

Propiamente aquí, en la invocación de la “razón de estado” como excusa para la expulsión de la escuela jesuítica, termina la estadía de Berganza con los amos estudiantes. En adelante, el interés de la narración radica en los recuerdos de esa experiencia, recuerdos que son tanto más importantes cuanto más lo conducen a pensar en la utopía de la vida:

. . . las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, o se acaban presto, con la muerte, o la continuación de ellas hace un hábito y costumbre en padecerlas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso, se sale a gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí a poco se vuelve a padecer la suerte primera y a los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso que si no acaba la vida, es por atormentarla más viviendo. (1987, 266)

Es evidente la similitud de la meditación de Berganza con las meditaciones que en contexto similar hacen Clotaldo y Basilio en *La vida es sueño* de Calderón, al menos en el sentido en que tienen por tema una realidad nefasta que es trun-

cada por transitorias fantasías. Ante el tono meditativo, Cipión advierte que la tentación de filosofar sobre la tristeza de la vida puede ser una tentación del demonio “porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta que darse a entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprehensión y el descubrir los defectos ajenos buen celo” (1987, 267). Esta reflexión sobre las murmuraciones cierra un relato cuya característica más sobresaliente es la similitud entre perros y hombres, hombres que caen por debajo de la conducta de los perros pero que, por su capacidad de cambio, también son capaces de elevarse.

La representación del académico, en general, y del estudiante, en particular, en la obra de Cervantes antes que obedecer a una vivencia personal o a un tópico literario, da cuenta de una condición del hombre frente al conocimiento, que “refleja la desconfianza secular del aldeano frente al que posee las técnicas misteriosas e inquietantes de la lectura y la escritura, sea letrado, clérigo o recaudador de impuestos” (Chevalier 53). Esa perspectiva, si bien ilumina las consideraciones sobre el personaje del estudiante en la obra de Cervantes, no dice por qué esa imagen negativa se impuso entre los escritores de los Siglos de Oro, aunque es dable señalar que ella resulta útil pues permitía hacer críticas concretas a prácticas sociales.

Más allá de que Cervantes nunca hubiese podido ostentar títulos o de que en su época el prestigio de los estudiantes se fundara en la apariencia, en la actualidad la relación entre Cervantes y los estudiantes tiene en la escuela su principal escenario de conflicto; cuando la escuela impone la lectura del *Quijote* aquello que es un goce se convierte en una pesada obligación y leer el *Quijote* por obligación, leer para un examen, para retener contenidos o para adquirir conocimientos es lo más triste que le puede ocurrir a un estudiante.

Obras citadas

- Jarnés, Benjamín. *Cervantes: bosquejo biográfico*. México: Nuevas, 1944.
- Cervantes, Miguel de. *Obras*. Ed. Ángel. Valbuena Prat. 2 vols. México: Aguilar, 1980.
- _____. *Novelas ejemplares*. Ed. J. B. Avallé-Arce. 3 vols. Madrid: Castalia, 1987.
- _____. *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. México: Real Academia Española de la Lengua/Asociación de Academias de la Lengua Española/Santillana Ediciones Generales, 2004.
- Chevalier, Maxime. "Un personaje folklórico de la literatura del Siglo de Oro: el estudiante". Eds. P. Piñero Ramírez y R. Reyes Cano. *Seis lecciones sobre la España del Siglo de Oro*. Sevilla/Bordeaux: Universidad de Sevilla/Université de Bordeaux, 1981.
- Murray, Alexander. *Razón y sociedad en la Edad Media*. Madrid: Taurus, 1982.
- Riquer, Martín de. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: Acantilado, 2003.

